



Karina

Pacheco El año del  
viento



DESTINO

# El año del viento

Karina  
Pacheco  
Medrano

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1654

© Karina Pacheco Medrano, 2021

© Editorial Planeta Perú S. A., 2021

Bajo su sello editorial Seix Barral Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704,  
Magdalena del Mar. Lima, Perú

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-233-6551-7

Depósito legal: B. 8.584-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



29 DE ENERO

Brisa

La joven y las piedras. Esa imagen condensa la memoria de Bárbara que hasta hace poco conservaba. Ella misma convertida en piedra, suspendida en el aire. No cae en forma de lluvia, se esfuma, aunque a veces vuelve y se desliza en los recuerdos como un aguacero de piedrecitas, cada cual con un destello singular.

La primera piedra era blanca y puntiaguda, su lado más ancho parecía rasgado por una garra. Quién sabe cuántos años, o siglos, permaneció incrustada en el sendero de tierra por donde ascendíamos esa tarde. Bárbara tropezó con ella, dio varios brincos, con los brazos aleteó, pero igual se cayó. Me eché a reír. Antes de su caída, me había estado hablando, grandilocuente, de la leyenda de los hermanos Ayar. Ahora, además de arrancar la piedra de su sitio, una de sus zapatillas había salido volando.

Desde el suelo, ella irguió la cabeza y fijó su mirada en mí. Dejé de reír. Mientras se colocaba la zapatilla, recogí la piedra y se la pasé:

—Pregúntale por qué está disgustada contigo.

La tomó y se puso a retirar la tierra de su base. La piedra quedó coloreada por su sangre. Recién en ese momento le pregunté si se había hecho daño. Sin contestarme, se incorporó, desgajó un puñado de flores de

un arbusto y las frotó entre sus manos. A mí se me escarapeló el cuerpo.

—Ya estoy bien. Soy una bruja y me curo rápido —dijo.

Hacía pocas horas que nos conocíamos. Me quedé mirándola asombrada, fascinada. Ella volvió a tomar la piedra, la examinó por todos sus lados. Además de esas tres líneas anaranjadas («son fruto de la oxidación», me explicó), en su vértice tenía cuatro hendiduras. No estaban alineadas, pero Bárbara afirmó que era la maqueta de la caverna de los Ayar, las cuatro parejas de hermanos fundadores del Imperio inca.

—La verdadera cueva debe estar por aquí y no en el Cusco —aseguró—. Tal vez está cerca de mi casa —añadió con gravedad.

Nos pusimos a escrutar los cerros del rededor. Solo a lo lejos distinguimos una cumbre cuyos picos de granito sugerían hendiduras. Yo estaba por cumplir diez años, pronto concluiría la primaria y ya no quería creer en mitos ni leyendas como hechos verídicos. Sin embargo, algo en mí aleteaba para que Bárbara tuviera razón. Así la leyenda se haría cierta, nosotras nos volveríamos famosas por el descubrimiento y, quién sabe, también podríamos hacernos ricas si en esa caverna hallábamos tesoros ocultos. Era febrero de 1979. Pese a sus aires desenfadados, Bárbara no dejaba de ser una candorosa muchacha de dieciséis años. Nada parecía presagiar el cataclismo que se venía cocinando muy cerca de donde pisábamos.

De los cuatro varones Ayar, solo el mayor sobrevivió y se le atribuye la fundación del Cusco. La leyenda cuenta que Ayar Cachi, el hermano guerrero, el que regre-

só a la caverna por los vasos ceremoniales, cayó en una trampa y terminó encerrado.

—Dicen que sus gritos provocaron terremotos —me contó Bárbara—, ¡pero nadie volvió para liberarlo!

Yo desconocía esa parte de la leyenda. Me pareció muy triste.

—Toma en cuenta —me dijo— que sus hermanos no podían dar marcha atrás. Tenían la misión de fundar un imperio. Eso era lo más importante, ¿no?

No supe qué contestar. Quizás por eso, mientras retomábamos el camino, fue inventando otra versión de la leyenda. En esta, Ayar Cachi se convertía en un colibrí y huía volando por una ventana, mientras sus tres hermanos terminaban convertidos en insectos: uno en cucaracha, otro en pulga, el más poderoso en piojo.

—¡Cómo un piojo pudo haber fundado el Cusco! —protesté.

—¡Entérate que fue Mama Huaco quien lo fundó! Y ella vivió doscientos años, igual que el colibrí.

Aunque todo aquello me parecía exagerado, disfrutaba de sus relatos, sin saber cuánto contenían de verdad y cuánto de fantasía. ¿Hasta qué punto su vida, y su propia desaparición, quedaron teñidas por las auras de invención que le daba a todo lo que hacía? En cualquier caso, lo cierto es que aquella tarde me alcanzó la piedra de su tropiezo y me la regaló:

—Para que vuelas como el colibrí.

El sendero hasta su casa era de tierra, estrecho, bordeado por arbustos y espinos que se abrían como manos desde el suelo. Por la derecha, las laderas estaban

recubiertas por pastizales y campos de maíz; del otro lado, un bosque de pinos se precipitaba cerro abajo, hasta el riachuelo de Umara. Hacía calor. En la región de Apurímac, ubicada a menor altura que el Cusco, el clima es siempre más templado.

Mis padres habían tenido que viajar a Lima para acompañar a mi hermana en una operación del oído. Podían haberme dejado en la casa de cualquiera de mis tíos en la ciudad, pero justo antes de su viaje, una prima lejana de mi madre, Soledad, llegó al Cusco y se hospedó en casa con sus dos hijas menores. Lo pasamos tan bien que, antes de regresar a Abancay, Soledad propuso llevarme consigo durante las semanas que mi familia estuviera ausente. Yo estaba de vacaciones, así que esa opción a todos nos pareció perfecta. Como iba un año adelantada en el colegio, siempre me vieron mayor de lo que era y a nadie le supuso un problema que pasara quince días lejos, en casa de una tía que recién conocía.

En Abancay, la casa de Soledad era pequeña y pronto mi presencia aumentó la presión en sus ambientes. Sus dos hijos varones dormían en un cuarto reducido; a mí me acomodaron en la habitación de sus cuatro hijas. Ocupé la cama de la ausente. Esa era Bárbara, la mayor. Me contaron que se encontraba en Umara, una comarca de Andahuaylas donde vivía su abuela paterna. Cuando mis padres avisaron que debían retrasar su retorno al menos tres semanas, surgió la posibilidad de que yo pasara ese tiempo en Umara. Me gustó la idea de seguir viajando, aunque no creo haber sopesado que el camino hasta Andahuaylas sería prolongado y difícil. Soledad me acomodó en el bus junto a dos conocidas, a quienes recomendó mi cuidado en las seis horas que debía durar el viaje. Por enton-

ces, gran parte de esa carretera era una trocha sin asfaltar de una sola vía y las lluvias habían provocado derrumbes, por lo que el trayecto demoró bastante más de lo imaginado. Llegué a Andahuaylas por la tarde, con la cabeza llena de polvo y mi mochila de tela a las espaldas. En la estación me esperaba Bárbara.

—¡Corre! —me dijo, apenas terminamos de saludarnos. Debíamos tomar el autobús que cubría la ruta hasta Ayacucho. Al otro extremo de la calle, estaba por partir.

A los quince minutos de trayecto, el chofer estacionó en Talavera para recoger más pasajeros. El viaje empezó a angustiarme. Pero una vez que arrancó, no demoramos en arribar al punto desde donde, a una hora a pie, se emplazaba Umara.

Divisamos la casa de su abuela al atardecer. El cielo comenzaba a pintarse de nubes enrojecidas, aunque su fondo aún mantuviera un extraño azul.

Bárbara y la muerte. A eso se resume todo hoy. Han pasado más de cuarenta años y nada de las piedras, ni de los juegos, ni de su misma osadía ante el peligro retumba esta noche. Hace tres días, el nunca más Bárbara se hizo tangible. Irremediable.

Ocurrió en el Mercado de Maravillas. Sin haberlo planificado, atravesé su puerta. Me puse a recorrer sus galerías como quien aborda un viaje en el tiempo, extasiada al hallarlo prácticamente igual al de mis recuerdos: colmado de colores y voces dicharacheras, de frutos frescos y secos, de productos de belleza y limpieza de hogar, de herbolarios y escaparates con especias, velas e inciensos. A medida que avanzaba, me vi inundada de nostalgia por las primeras veces que lo recorrí, cuando en España todavía se pagaba con pesetas. Yo tenía la mitad de mis años y la gente mayor que amaba a uno y otro lado del Atlántico estaba viva o muy lejos de la muerte. Pero, en el fondo, esa nostalgia era más por mí, por ese tiempo en que todo lo veía nuevo, emocionante, y frente al espejo yo también me encontraba joven, reluciente. Qué candorosa. No imaginaba que la decisión repentina de ingresar en ese mercado me llevaría mucho más atrás en el tiempo. Y me arrancaría del candor.

Después de quince años de retorno en el Perú, otra vez estaba viviendo en Madrid. Con el transcurso de las semanas, iba reconociéndome en la ciudad que creía conocer al dedillo. Ya estaba instalada en un apartamento, poco a poco iba acomodando mis cosas, avanzaba con una traducción e intentaba perfilar unos cuentos que por demasiado tiempo había abandonado en un limbo. Aquella tarde, había almorzado con mi amigo Fabián en un restaurante tailandés de Nuevos Ministerios; después había quedado a tomar un café con mi amiga Concha, a poca distancia de Cuatro Caminos, la glorieta donde viví la primera vez que llegué a Madrid, en una época hoy tan lejana como 1993. Estaba encantada por los reencuentros pausados que este retorno prolongado me permitía. Mientras me dirigía al metro, se me ocurrió organizar una fiesta en la que pensaba reunir a varios amigos.

Podía haber regresado tranquilamente a casa, pero al pasar por el quiosco de periódicos me tentó comprar una revista de historia y otra más de viajes. Ya puesta en el consumismo, recordé que necesitaba unas zapatillas y empecé a subir por Bravo Murillo. Al ver que muchas de sus tiendas no existían más, aunque otras permanecían, la nostalgia comenzó a escalar por mi columna. Entonces me vi frente al Mercado de Maravillas y el semáforo peatonal se puso en verde. «Solo será darle un vistazo desde la puerta», me dije. Una vez adentro, la consumista nostálgica insinuó la necesidad de comprar fruta y tomates.

Ya estaba concluyendo con mis compras, había colocado el último tomate en la bolsa, y, de repente, el tiempo dio marcha atrás. Ahí estaba ella, junto a mí. Le preguntó al vendedor si tendría berenjenas. Al escucharla pronunciando esa palabra: «be-ren-je-nas»,

con esa voz honda y grave, me di cuenta de que no era una alucinación.

—Bárbara —pronuncié su nombre.

Se sobresaltó, me miró por unos segundos, luego volvió a dirigir su atención al escaparate de verduras.

Como una autómatas, coloqué la bolsa de tomates sobre la balanza. El vendedor me advirtió que había más de un kilo. A ella le avisó que las berenjenas se le habían agotado.

—Bárbara —repetí.

Ya no me miró.

—Soy Nina —me presenté con una sonrisa, dando por hecho que no me había reconocido.

El vendedor nos observaba de reojo, desconcertado, pero cortó mi monólogo señalando que el precio era dos euros con diez.

—¿Algo más? —añadió.

Repuse que no, aunque seguí mirándola. Sin inmutarse, ella pidió dos pepinos y un calabacín.

Hundí la mirada en mi monedero, me dispuse a pagar. Mientras el vendedor me pasaba los tomates, sentí pesar. Podía entender que no me hubiera reconocido: no era más la niña de diez años que conoció en Umara, ni la adolescente que tenía trece cuando ella se marchó, cuando desapareció de mi vida para siempre. Ella lucía intacta, como si por su piel no hubieran pasado cuatro décadas.

—¿Seguro que no quiere nada más? —me preguntó aquel vendedor afable y extrañado.

—Nada más, gracias —respondí, y otra vez la miré a ella.

Seguía siendo la misma Bárbara delgada y menuda, de cabellos claros y mirada tenaz. Como si yo no existiera, pidió que le añadieran un manojo de rabanitos.

Yo no pude alejarme. Permanecí ahí, plantada, como la mujer de Lot, que miró para atrás y quedó convertida en una estatua de sal, atada al pasado.

—Disculpa, pero me miras tanto que incomodas. ¿Nina qué? —me preguntó con fastidio, mientras el vendedor no sabía qué hacer con los pepinos, el calabacín y los rabanitos que aguardaban tendidos sobre su mostrador.

—Son cuatro euros con setenta, ¿va a querer una bolsa? —se atrevió a preguntar, bajando la voz.

—Nina, tu prima —afirmé.

Ella empezó a buscar monedas para pagar. El vendedor nos miraba de reajo. Aquel no era precisamente un reencuentro marcado por el entusiasmo.

—No conozco a ninguna Nina —respondió, con un acento sudamericano que no pude identificar, si bien denotaba una larga residencia en España.

—¿Por qué, Bárbara, no me quieres reconocer? —reclamé.

—No nos conocemos —replicó.

Aunque las piernas me empezaron a flaquear, no me alejé. Más bien di un paso a su lado para hacer campo a una anciana que llegó preguntando por limones.

—Yo hubiera querido buscarte —pronuncié, como si le estuviera hablando a un fantasma.

—No sé de qué Bárbara hablas —afirmó, con tono enérgico, y extendió un billete de veinte euros al vendedor.

De nuevo su voz resuelta hacía que esas palabras fueran una mentira. Esa mujer no era ningún fantasma, ahí estaba yo, rozando el plástico de su bolsa de compras.

—Disculpa, pero si no eres Bárbara Varas, dime quién eres —la interrogué.

—No hablo con extraños —cortó.

—Pero volteaste cuando pronuncié tu nombre.

Por fin se giró hacia mí.

—Yo me llamo Berna, y Bárbara está muerta —entonó alto, lentamente, como para que me quedara claro.

No tardé en responderle, quizás de la peor manera:

—¡Estás mintiendo!

El vendedor y la anciana observaban atónitos, sin saber qué hacer con los limones, tal vez creyendo que en cualquier momento nos iríamos a los gritos o, peor aún, que esas dos sudamericanas pudiéramos terminar agarrándonos por las mechas.

—Ella está muerta —reiteró—. Me estás confundiendo.

—Pero eres igual... —llegué a murmurar.

—No soy ella —insistió. Luego, tratando de apaciguar la voz, añadió—: Yo recién había nacido cuando Bárbara se fue.

—¿Se fue? ¿A Brasil?

Exhaló un bufido. Me miró agotada. Sus dedos empezaron a toquetear el mostrador. Atrás, el vendedor seguía acomodando los limones en la balanza, sin esconder más su atención de nosotras.

—Yo no la recuerdo —agregó—. Aunque todos dicen que parezco una gemela, una gemela que nació veinte años después.

—Si ella se fue, y no eres tú, ni puedes decirme dónde se fue, ¿por qué dices que está muerta? —murmullé todo eso y de inmediato me percaté de que estaba hablando en trabalenguas.

—Porque está muerta, hace mucho, punto.

No podía digerir esas palabras.

—No puede ser —musité.

Frente a mí, esa mujer, ese clon de Bárbara, me miraba impávida. Le pregunté si podíamos hablar en otro momento, con más calma.

—No —repuso tajante.

Me salió un argumento familiar. Del siglo pasado. Mientras lo pronunciaba, sabía ya que no funcionaría:

—Aunque lejanas, somos primas, estamos viviendo en la misma ciudad...

—No. Somos dos extrañas, no nos hemos conocido nunca. ¿Cómo es que aquí, por arte de magia, vamos a tratarnos como primas?

Esa respuesta me pareció demasiado dura. Pero era cierta. Y dolía. O, más bien, me ardía que esa mujer, que parecía tenerlo todo de Bárbara, nada quisiera saber de mí.

Ella no me dedicó más tiempo. Volteó hacia el vendedor con una naturalidad que me hizo sentir de nuevo insignificante:

—¡Ah, Jacinto! Estaba olvidando pedirte dos repollos. De los maduros, por favor. Son para un encurtido.

Supe entonces que aquel hombre se llamaba Jacinto, y él pareció molesto porque así, de repente, se le cortara la telenovela que había estado presenciando en vivo. Con un gesto de la mano, le indicó que esperase y procedió a darle el cambio a la anciana. Por un instante, me quedé mirando el bellissimo pañolón de vetas turquesas que esta llevaba alrededor del cuello, sobresaliendo de su abrigo negro.

Me alejé. Mientras bajaba por la escalera mecánica, oí que, por detrás, aquella mujer me murmuraba:

—Si una pariente no te quiere, hija, ¡qué le vas a hacer!

Giré la cabeza, le sonreí.

Aun así, en lugar de proseguir con mi retirada, al llegar a la puerta, otra vez sobrevino el impulso por un nuevo intento. Saqué una tarjeta de mi cartera, subí de nuevo las gradas, casi corriendo, y logré alcanzarla.

—Llámame cuando quieras hablarme de Bárbara —le dije.

Prácticamente, arrojé mi tarjeta en su bolsa de compras. No sé por qué me pareció bizarro que estuviera decorada con fresas: una funda de frutas dulces para una Bárbara que no era bárbara.

La mujer que dijo llamarse Berna se quedó estupefacta. Nada repuso. Me alejé, con mi cartera en un brazo y las bolsas del mercado en el otro. Ya no quise mirar atrás; aunque algo como una grieta se había abierto, o acaso fuera una costura mal hecha que comenzaba a reventar.

Al llegar a casa, apenas cerré la puerta, arrojé las bolsas sobre el suelo. Junto a ellas me derrumbé. «Bárbara está muerta», había dicho aquella mujer, su clon. «Está muerta», lo había repetido. «Yo no la recuerdo», eso también había dicho. «No puede ser cierto», me decía a mí misma desde el suelo. O quizás sí. Esa Berna podía ser la hermana más joven de Bárbara, a quien no llegué a conocer. O, quién sabe, su madre tuvo más hijos inesperados en los años feroces en que la muerte como un huayco\* iba avasallándolo todo, tan cerca de donde vivían.

Afuera aún era de día, pero había empezado a llover. Abrí la ventana del salón. Abajo, en el parque, niños pequeños y sus cuidadores se apresuraban en refugiarse

\* Corrimiento de tierras. Masa de lodo y piedras que las lluvias torrenciales desprenden de las alturas de los Andes y que, al caer en los ríos, ocasionan su desbordamiento.

bajo los portales. Pese a que enero está terminando, una cafetería ha seguido proyectando un «Bienvenido 2020» con luces rojas, verdes y plateadas. La lluvia se acentuó, mojaba incluso el alféizar de mi ventana. Al estrellarse contra el ladrillo mojado, salpicaba en una explosión de gotas infinitesimales. Cerré la ventana. Me puse a dar vueltas, me sentía enclaustrada. Hacía solo un mes que estaba instalada de vuelta en Madrid. Hacía cuarenta años que no volvía a Umara.